

REFLEXIONES SOBRE EL LIBRO “UNAMUNO Y GREENE” DE ASUNCION ALBA*

María Dolores García Flores

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Estas notas de lectura se mueven, a medias, entre la estricta recensión y lo que podría ser, en parte, un intento de ensayo: unas reflexiones suscitadas por la lectura del libro de Asunción Alba *Unamuno y Greene (un estudio comparativo)*, libro rico en ideas y en sugerencias. Tiene un abundante aparato crítico, que la autora justifica por su acercamiento respetuoso y lleno de humildad al tema –muy de agradecer, por otra parte, para quienes se interesen en esta problemática– y que da indudable consistencia a la obra.

El libro nos muestra, asimismo, las propias e íntimas inquietudes vitales de su autora, como ella misma confiesa: “...he querido que no fuera ésta una obra fría de investigación y por ello he dejado alguna vez dar curso a mis sentimientos....Deseo sólo comunicar la vivencia y la emoción que su lectura produjo en mí y que tú, lector, las compartas conmigo.”

Asunción Alba hace en su libro un seguimiento minucioso y exhaustivo del desarrollo de dos obras: *San Manuel Bueno, Mártir* de Miguel de Unamuno y *The Potting Shed*, de Graham Greene - comparando los personajes, estudiando su psicología, adentrándose en el simbolismo que encierran... y todo ello con una fina sensibilidad patente hasta en el análisis de los personajes secundarios.

El libro, con todo, no se limita a la comparación de las dos obras mencionadas, sino que aborda, de modo más amplio y sugerente, el pensamiento de sus autores, especialmente el de Unamuno, por el que Asunción Alba muestra una clara predilección. ¿Quizá porque su lucha es más dolorosa e inquietante? ¿Tal vez por una mayor afinidad con la problemática que plantea? El hecho es que, en este ensayo, su autora se adentra, con valentía, en temas comprometidos –algunos de los cuales constituyen el motivo de estas reflexiones.

Asunción Alba se nos muestra, a través de esta obra, como una mujer con una amplia formación humanística. Y con un lenguaje claro –indicio de un pensamiento igualmente claro– va poniéndonos ante una compleja problemática filosófica y teológica.

El libro parte de la comparación de dos obras y dos personajes, sacerdotes ambos: *The Potting Shed*, de Graham Greene (título que la autora traduce, intencionadamen-

te, por *El invernadero*), y *San Manuel Bueno, Mártir*, de Don Miguel de Unamuno. La obra dramática del inglés nos presenta un sacerdote –William Callifer– que ha ofrecido a Dios su fe a cambio de la vida de su sobrino James, que intentó suicidarse cuando era niño. William Callifer logra que el pequeño sobreviva, pero este milagro –terrible palabra para nuestro mundo agnóstico– se produce a cambio de su fe, sin la que está, en una larga “noche oscura”, durante treinta años.

Don Manuel, el cura de Valverde de Lucerna, es el “agonista” unamuniano. Su drama personal –reflejo, en buena medida, del propio drama personal de Don Miguel– es que vive sin fe, pero ejerciendo su ministerio con total entrega, sin que nadie se percate de su angustia. Cuando muere lo hace –para sus feligreses– en olor de santidad. “El punto de contacto de estos dos hombres –dice Asunción Alba– es la dolorosa situación existencial de tener que vivir una vida de sacerdocio sin fe.” (p. 65).

A partir de este punto de contacto básico, la autora va realizando un análisis pormenorizado de los personajes, así como de la estructura de ambas obras. La comparación es viable y lógica. A pesar de que los caracteres de ambos personajes, e incluso los motivos de su “descreimiento” sean muy distintos, las circunstancias fundamentales de su drama personal los asemejan.

Don Manuel, el cura español, vive sin fe, aunque su carencia de fe es metafísica, como es metafísica la perenne duda unamuniana: Dios se presenta como un “contrasentido”, como un desafío a la razón. Así se presentará después en el existencialismo, incapaz de compatibilizar a Dios con la existencia del mal: Don Manuel, como Sartre, sabe que es en el mal humano donde se fundamentan las razones del ateísmo. (p. 153).

Pero Don Manuel, pese a todo –dice Asunción Alba– “...tiene el amor y el respeto de sus feligreses, y ve cómo su sacrificio produce fruto.” (p. 65). A través de una vida de constante acción, de ayudar a todos y procurar estar en todo intenta –olvidándose de sí mismo– salvar a los demás y, quizá, salvarse a sí mismo, buscando por la vía de la acción –por una vía no racional– al Dios que se niega a su mente. (En este punto subraya la autora la semejanza de Don Manuel con Unamuno, cuando dice que hay que “desparramarse sin cálculos egoístas” o “...si prescindo de mí mismo, iré a donde Dios me lleve” (pp. 121-122).

William Callifer vive también sin fe. Pero su pérdida de fe es más desconcertante, y se ha prestado –como pone de relieve la autora– a muy diversas interpretaciones. El cura inglés ofrece su fe para que Dios haga un milagro. Vuelve el niño a la vida, y William Callifer queda desprovisto de fe, lo que le incapacita, a su vez, para aceptar el milagro. Se trata, pues, de un problema psicológico –y teológico, si se quiere– más que metafísico.

Es un planteamiento extraño, un tanto desconcertante, como decía poco antes. Para Torrente Ballester la actitud de William Callifer es, incluso, “pecaminosa”. Para John P. Murphy es “theologically contradictory”. Esta opinión no la comparte Asunción Alba, que se mueve en una línea más afín a la del P. Durán –amigo personal y estudioso de Greene– para quien Callifer ofrece a Dios lo que tiene de más valioso: la fe.

Cuando se habla de literatura comparada, sin embargo, surgen inevitables cuestiones de base. Asunción Alba, en el capítulo IV, siguiendo en parte a A. Cioranescu, entiende que puede haber obras que respondan a “arquetipos literarios básicos” (p. 55), pese a lo cual es difícil saber si se trata de relaciones de causa-efecto (es decir, efectivas influencias), o si se trata, sólo, de un parecido fortuito, puramente casual (p. 56).

El arquetipo que aquí se repite –y que, pese a sus diferencias, posibilita la comparación– es el del sacerdote sin fe, arquetipo humano que expresa una situación límite.

El libro de Asunción Alba tiene un aire académico que no hace suponer, en principio, su carga conceptual y emocional. Por utilizar un símil musical, diría que empieza con un “andante”, sigue con un “allegro” y termina en un “molto vivace”. Y es que, en efecto, a partir de este problema inicial de literatura comparada, su autora va a enfrentarse —y nos va a enfrentar— con una variada problemática filosófica, teológica y psicológica, a través de unos textos que son, a la vez, pre-textos para su planteamiento.

¿Cuáles son estos problemas? Muchos y graves. Quizá no pueda aludir a todos, porque a veces, al hilo de la lectura, saltan, de pasada, como esos cervatillos que apenas entrevemos al pasear por un paisaje serrano, y que nos sorprenden, pero sin darnos tiempo apenas para fijar su imagen en la retina. Pero otros, en cambio, son nítidos, opresivos como nubes de tormenta.

Quizá sea el tema de la fe contra la razón uno de los problemas fundamentales que replantea el libro. Se trata de un viejo problema filosófico, quizá un tanto olvidado hoy en el mundo pragmático y agnóstico que nos ha tocado vivir. Y en el libro de Asunción Alba se replantea desde diversos ángulos: la “irracionalidad” de un Dios que permite el mal; la dificultad de aceptar el milagro, no ya como posibilidad real, sino incluso como ingrediente literario; la “resuscitación” corporal, el “lugar” del cielo...

La razón, la lógica humana, sobre todo cuando se ejerce desde una formación intelectual libresca, parece rebelarse contra una dogmática de apariencia primitiva, que no se ajusta a las leyes del pensar exacto. La filosofía escolástica, sobre todo a partir de Santo Tomás de Aquino, pretendió que la razón y la fe no se oponían, que era posible, en cierto modo al menos, racionalizar la fe, hacer a Dios inteligible. Pero la grandeza de Santo Tomás no la tuvieron los múltiples escolarcas que fueron decantando el pensamiento vivo del aquinate en fórmulas estereotipadas, haciendo de Dios un “Dios de manual”.

Quizá sirva esto, en parte, para entender la falta de fe de Don Manuel (y quizá, también, la “agonía” unamuniana ante el problema). El arquetipo humano del cura que ejerce sin fe podría tener —entre otras— su explicación en una formación de seminario excesivamente racionalista. Es cierto que, durante mucho tiempo, los “curas de aldea” salían, también, de las aldeas. Pero no creo que sea este origen rural, esta falta de “vocación” original, este “hacerse cura” como recurso para dejar el arado, la causa última del descreimiento. Al menos no la única. De hecho, los feligreses de Don Manuel, gentes sencillas, tienen fe. Como fe tiene Blasillo, el pobre tonto que no piensa, y al que la autora dedica un bello capítulo. Pero esa “fe del carbonero” es válida sólo para quienes no se hagan cargo de sus contradicciones. Y esas contradicciones son las que saltan a la vista, de un modo violento, cuando se intenta racionalizar en exceso la fe, que es lo que puede suceder en una formación teológica de seminario, reduciendo a Dios a una serie de fríos y esquemáticos silogismos.

Desde mi punto de vista, en el libro de Asunción Alba late una necesidad de aceptar el misterio, de trascender la pura y fría razón. Hay hombres que aceptan la irracionalidad de la fe como un ingrediente esencial de la misma —el famoso “credo, quia absurdum” de Tertuliano—; para otros se hace imprescindible entender a Dios, hacerlo transparente a la razón.

En Don Manuel —como en Unamuno— hay una lucha perenne entre su razón y su necesidad de Dios, de un Dios personal que garantice la inmortalidad igualmente personal. Pero de Dios, en definitiva, no se puede apenas hablar: la Teología —el logos,

la razón sobre Dios— se muestra como un empeño inútil, porque ni se puede demostrar que Dios existe ni tampoco se puede demostrar su inexistencia; y tampoco se puede decir mucho sobre la “esencia” divina. A Dios, en fin, hay que aceptarlo —en caso de aceptarlo— como Misterio.

La no aceptación del Misterio genera, también, la dificultad para aceptar el milagro, problema que Asunción Alba aborda en el capítulo XV. Mientras que en la Edad Media, e incluso en el Siglo de Oro, el milagro es un tema aceptado con normalidad, el planteamiento de Greene se opone a la mentalidad agnóstica del hombre actual. (Y, sin embargo, es curioso que cuando ya no hay fe religiosa, cuando existe una oposición sistemática a unos dogmas, se recurra —en una peculiar regresión— a echadoras de cartas, o a la astrología, como sucedáneos de la fe desterrada).

La aceptación del milagro —como recurso literario y como hecho real— es, en el fondo, la aceptación del Misterio, la aceptación de un ámbito de irracionalidad que trasciende la estricta lógica. En este sentido cita Asunción Alba, al principio de este capítulo XV, las palabras que Shakespeare pone en boca de Hamlet: “There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy.”

Asunción Alba, a lo largo del libro, parece ir centrándose, cada vez más, en la problemática unamuniana, que en el fondo, por ser más filosófica, contiene también la problemática de Greene. Y un tema clave unamuniano es el de la inmortalidad. “La vida no vale nada si no hay inmortalidad.” (pp. 96-97). Para Unamuno la inmortalidad es pervivir en el recuerdo, pero, sobre todo, pervivir como conciencia. Para ello parece necesario un Dios personal, un Dios que sea un Tú, otra conciencia; un Dios que constituya la clave final, la aclaración de todos los misterios, y que colme todo el anhelo de amor humano.

El problema radical que plantea esta necesidad de un Dios personal es el problema de la Idea de Dios unamuniana, que Asunción Alba aborda en el capítulo XIX. ¿Qué formación tuvo Unamuno? Parece que, sobre todo, en la teología protestante, más flexible en la interpretación de Dios que la teología católica (pienso, por ejemplo, en el libro de John A. T. Robinson, *Honest to God*). Dios es, a la vez, *trascendente* e *inmanente*: “está” en nosotros, pero es más que nosotros. Es un Dios implicado en el mundo humano, cuyo paradigma es la figura de Cristo, Dios/hombre, que supera las contradicciones, aunque no siempre las explique. Dios, en definitiva, está más allá de la razón, trasciende las simplificaciones lógicas. (Capítulos XXI-XXII).

Al hilo de la lectura del libro de Asunción Alba han ido apareciendo estos problemas que aquí apunto, y otros, en ellos implicados, que no puedo abordar en estas notas.

El libro, por su estructura en capítulos breves, y por la claridad con que está escrito, invita a una lectura seguida; pero exige, por la variedad y complejidad de su temática, una relectura reposada. Hay que agradecer a su autora que haya sabido transmitirnos sus preocupaciones y que, muy unamunianamente, nos ponga ante todas estas cuestiones, obligándonos a luchar con ellas. En definitiva, a convertirnos también en “agonistas”. Un texto de Unamuno que se transcribe en las pp. 164-165 podría sintetizar, quizá, la intención profunda de su propio libro: “...mi obra...es combatir a todos los que se resignan...es hacer que todos vivan inquietos y anhelantes.” Nos exhorta así, a todos los que constituimos el ámbito universitario, profesores y estudiantes, a llevar a las aulas un auténtico “anhelo de saber para la vida”, no una erudición puramente academicista.

Notas

- * M^a Asunción Alba Pelayo, (1989) *Unamuno y Greene (un estudio comparativo)*. Universidad de Alicante.